

Poesía

---

## **RETRATO DE ARTISTAS**

**ELKIN RESTREPO**

© Elkin Restrepo Gallego

© Ediciones Universidad de Antioquia, 1983

## PIER ANGELI

De nuevo el mar golpea una región postal en el Mediterráneo,  
y multitud de golondrinas pasan sobre el mundo, chillando,  
mezclándose como un hombre extraño al sueño;  
de nuevo, los días son tibios como un gabán y la ciudad parece revivir,  
extenderse como una herida purulenta, incurable:  
de nuevo, la luz remoja los parques y revienta como un recuerdo en el corazón;  
de nuevo, de nuevo, tú escapas a ti misma en tu segundo o tercer intento de suicidio,  
y lloras desolada en un cuarto de hospital,  
mientras una enfermera va y viene, helada como un testigo;  
mientras tu alma se descarga de ciertas imágenes amargas  
y el miedo te da un respiro,  
permitiéndote unos instantes de sosiego, unas desordenadas palabras.  
De nuevo, tú estás en la vida y los ramos de flores abundan,  
y tu palidez da fuerza a no sé qué de tierno en tu rostro,  
y ahora te abrazas a ti misma como a alguien odiosamente amado,  
y quisieras que todas las campanas del mundo se echaran a volar.  
Por un instante eres feliz, un animalito removiendo cálidas aguas,  
una plazuela al mediodía, una canción de moda.

Por un instante, como una dulce hermana,  
tienes piedad de ti misma,  
y no quieres ya el espejo que la enfermera te alargó,  
y, como una colegiala nerviosa, lloras y ríes.

Al borde de la cama,  
tu marido espera quizá sin comprender.  
La vida es más atroz que cualquier sueño,  
y hay una cosa que se llama ridículamente soledad,  
y tú, Pier Angeli, andabas sola por esa opaca calle  
en que de repente se convierte el mundo.  
En que, de repente, se angosta misteriosamente la vida.

A tu marido, le prometes que no volverá a suceder.

Pero sucederá.

*A Marta y Orlando Mora*

---

## MARIA FELIX, EN UNA PAGINA DE DIARIO

Ahora que los días caen como pañuelos arrugados y el corazón hila su recuerdo; ahora que, olvidada, te mueves entre hielos y la fragancia de tu casa de pino en la montaña atrae un sin fin de impresiones y juegos de luces; ahora, que el temblor de tu labio renueva el aire de México y tu voz abolerada infla los mares; ahora que el sueño de tus hombros es como el pilar de la sabiduría y bandadas de palomas asoman a tu rostro; ahora que es tarde y sobre tu figura llega el invierno, infeliz como una carta devuelta, y el rojo de las rosas no combina bien con tu vestido largo; ahora, que te mueves como una gata en un alicorado libreto de Tennessee Williams y el marco de la nostalgia te tiene atrapada; ahora que el moho y el tiempo debilitan las paredes de los estudios Churubusco y ya no hay más flashes y todo parece envuelto bajo otra luz; ahora que tus inenarrables senos son un fruto surrealista y tu cabellera anda suelta fuera del mundo; ahora que tu cólera no salpica los pececitos en el estanque y tu casa está a solas; ahora que tu belleza nada más es una obsesión de anticuario, una cartera perdida; ahora que tu soledad es como una postal de los paisajes de Suiza y el tedio te hace fruncir el ceño; ahora que en Medellín no hay obispos que impidan tu entrada a la ciudad ni muchachadas devotas de tu inaccesibilidad pecaminosa; ahora que sonríes para nadie, que amargamente duermes en ti misma y dejas como una herida en el aire; ahora que todo ha pasado, para siempre... Ahora, ahora.

*A Dora Ramírez*

---

## SHARON TATE

Ya no importa, ya no importa,  
pero allí abajo, atrás de la línea de casas, el mar  
se mueve como una cortina blanca y,

en el dolor de mis párpados,  
todavía hay un poco de ardor, de cielo azulado,  
y un recuerdo desconocido  
se lleva mi nombre muy adentro de mí.

Ya no importa, ya no importa,

pero las aves chillan sobre el oscuro acantilado  
y algo, una voz que no he escuchado nunca,

una cabellera tiernamente suelta,

conmueve, sin más, el fondo de mí misma este día.

Ya no importa, ya no importa,

pero los días son como una lejana puerta que golpea,  
y hay como un claro misterio en todo,  
y mi mano, mi mano ahora,  
cae en mí como un amante y brilla,  
como una joya entre mis piernas.

Mi mano,

como una gran ave milenaria sobre mi púbis.

El ir y venir de un mar desolado,

un frío cansancio, una nada

superior a mis fuerzas, son entonces mi último recuerdo.

Pero ya nada importa.

*A María Cristina y Carlos Gaviria*

---

## JOHNNY WESMULLER

Al fin la tarde se desvanece, blanca y sola,  
como mi vida.

Queda, al fondo del hotel, el ruido opaco del mar,  
su espuma deshecha y la oscuridad. La noche inmensa.

He venido a morir aquí,  
y ya nada o poco comprendo.

Sentado en esta silla de ruedas,  
que mi mujer acerca a la ventana o reitra,  
miro los días que pasan  
y ese otro sueño que nace de mi angustia,  
sordo e inacabado como la ausencia.

Mi sangre ya no golpea en mis adentros,  
y mis manos tienen el calor de la ceniza.

Ya nada queda,  
y sólo escucho, como al mar, mi memoria  
Mi memoria de lo que alguna vez fui  
y que en la noche, en la vacía noche,  
siento fundirse  
con el murmullo sin fin de la luna.

---

## ELVIS PRESLEY (Ultimo Concierto)

Pero todo pasa y me borra como en un sueño profundo.  
La noche, afuera, está espesa y blanca bajo el miedo de las estrellas  
y, en la quietud insomne de la casa,  
siento que algo se agota, que ya no hay tiempo,  
que algo en mí se va y ya no vuelve.  
En cada habitación hay una televisión encendida y  
los sirvientes tienen la orden de dejarme solo y yo, gordo  
y apestoso, me muevo de aquí para allá, torpe como una marioneta.

Como un enfermo lúcido, necesito no pensar, ensordecirme, huir, huir.  
Ah, qué días desdichados éstos en que, como un bicho,  
reviento y me desintegro, y la noche no es cálida  
como una bocanada de marihuana  
y tampoco trae descanso ni sueño.

Aún siento, sobre mi alma, la luz de cien reflectores,  
el loco bullicio, mi voz arrinconada en la locura,  
mis venas tensas como hilos de guitarra.

No, no hay descanso;  
mi vestido tiene tantos brillos como la noche, mi pañuelo  
anulado al cuello es del color de un pueblo polvoroso  
en la infancia, mi sonrisa ondea como una bandera izada  
en otro mundo, mis cabellos caen, por un instante, en la muerte.

Por un instante, mis ojos entrecerrados me hacen desaparecer  
Y la oscuridad me colma, me alivia como un bálsamo.

Con lentitud, absorbo un trago de whisky, mientras afuera  
cambia el mapa inextinguible de la noche y una brisa refrescante sopla sin más y una luna  
redonda se apoya sobre mis nervios.

Abajo, en el garaje, está mi auto reluciente, bello como  
el oro de las arcas de mi banco,  
como mi exmujer en un día de cumpleaños,  
como una canción recién escrita.  
Ahora he desconectado el teléfono y la música invade mi mente.  
La música, honda como el silencio que nunca tuve,  
como una mañana de sosiego en el campo,  
como una iluminación.

Tuve lo que siempre quise.

Pero, ahora estoy más solo que en un comienzo.  
No quiero morir.  
Busco el calor de una estrella.

*A Heli Ramírez*

---

## MIROSLAVA

Ahora que todo lo sabes,  
y tu cabellera ondea silenciosa en un rincón de la muerte,  
y tus labios nada dicen, pienso en ti, pienso en ti.  
Es de noche,  
y las carreteras en el campo están solas,  
y hay en todo como una claridad siempre más allá,  
y el recuerdo es como un cuarto del cual acabas de salir.

Ahora que todo lo sabes,  
y el mar se hace girones como una tela oscura,  
y donde quiera miro no encuentro un poco de tu carmín,  
ni de tu perfume ni de tu misteriosa belleza.

Ahora que todo lo sabes,  
la vida pasa cálida como una boda  
y, allí, donde estás no llegan sus imágenes ni sus rumores,  
ni la noche es como un abrazo.

Ahora que todo lo sabes,  
y sólo eres un poco de polvo disperso bajo las estrellas,  
bajo el más bello color de la noche,  
pienso en tí, pienso en tí.

*A Clarita y José Manuel Arango*

---

## LORETTA YOUNG

Las tardes, acá, son tibias y sosegadas,  
amplias como el silencio  
de quien ha llegado a una avanzada edad.  
Las tardes, acá, en mi finca,  
desde donde veo la hierba alta en el valle,  
moverse como poseída y  
a Venus inundada, destellando,  
elevarse sobre la línea de montañas, próxima como una ensoñación.  
Un limpio firmamento cubre todo,  
y yo siento en el matorral al mirlo  
que salta y la radio del vecino de repente acallada.  
Yo siento, ahora, que todo vive,  
y que mi corazón, oh Dios,  
que para llegar a ti necesitó de largo tiempo,  
ya no se rehusa y se conmueve.



## YUDY GARLAND

La noche está clara y plagada de estrellas,  
y la silueta de las montañas se ve negra, negra.  
He apagado las luces de la casa,  
y me he venido acá, atrás, al prado, a mirar el cielo.  
Un cielo sin nubes y lleno de  
igniciones frías como un sueño profundo  
(de crudos cristales).

De ahí, lo sé, provienen las voces que siempre escucho  
y que, como a una desesperada, me hacen reír y llorar.  
De ahí, de esas extensiones hermosas  
que, ahora, veo cruzar por un satélite,  
y que llenan de misterio la noche,  
llega esa voz (ese helado silencio),  
que dice ser yo misma y me rompe en mil imágenes,  
fatigándome,  
destruyéndome,  
y levantándome aquí o allá como una pavesa.

De ese cielo,  
Que me ve envejecer y volverme blanca  
como un astronauta rebotando en mil mundos.

---

KIM NOVAK

Oh, mi amor, qué fatigada me siento en estas regiones donde nadie comprende mis palabras y una luz como de desespero rodea las cosas y yo parezco un cadáver sumergido, una repentina imagen milenaria, sin recuerdo ya, confundida como una colegiala por deseos y miserias, ajada y gorda como una hada de algún cuento obscuro.

Los días traen siempre una pena y yo, envuelta en una frazada, inquilina de un invierno que en mí da vueltas y vueltas, borrada por un viento polar, apenas si salgo de la casa o contesto al teléfono, perdida en mi reposo inmovible.

Tengo los labios agrietados y los oídos me zumban y si cierro los ojos, un mar arrugado como un dril, espléndido como una caricia, humedece mis párpados y juega a llevarme, a hacerme suya en no sé qué abismo arenoso.

Estoy triste y sola, me amor.

El tiempo que se llenaba de mi perfume no ha vuelto  
y mi pensamiento anda perdido  
como mi último par de medias,  
como los días en que fui feliz y me amabas y corríamos  
como animalitos enmelotados por la amistad de  
un sol, que coloreaba sin  
afán el papel de las praderas, y el oro de mi cuerpo  
valía.

Nada queda, ahora, de esta fábula, de la tersura de mis  
manos, del misterio de mi rostro capaz de hacer grande  
a vida, inolvidable la fuerza del instante, bello y  
deseable existir.

El tiempo ha pasado y, en la cómoda, mi ropa blanca está  
Desecha y mi memoria, como un saco viejo, se apolilla.

ya nada queda, mi amor, ya nada queda,  
y la amargura retiene de un color imposible mi casa en  
las afueras de la ciudad.  
y no quiero, aún no quiero, que mi queja se la robe el  
viento.

Oh, querido, quién es aquél que nos da las cosas y,  
luego, nos despoja de ellas sin ninguna misericordia?  
A dónde fue a perderse mi belleza, mi dulce vida?

Hay viento afuera y temo resfriarme.

Sólo deseaba escribirte unas palabras  
y decirte, amor mío, qué fatigada me siento en estas  
verdes y despiadadas regiones  
donde ya no estás tú.

*A Darío Ruiz*

---

## MONTGOMERY CLIFT

La noche ya no trae silencio ni descanso.  
Afuera, en el muelle, escucho el mar oscuro,  
cubierto de inmundicias,  
que se alarga y golpea,  
insomne y lleno de tedio como un enfermo.  
El sucio mar de siempre, a esta hora,  
cuando estoy solo, solo,  
y el color de la ciudad parpadea en mi cuarto,  
y el instante sin un recuerdo o un sueño, parece abandonarme.  
Cuando, envuelto en una frazada y

tartamudeando para mí mismo,  
siento cerca el dolor profundo de la vida,  
los vastos lugares donde la noche se empoza.  
Cuando ya no queda nada,  
y las luces en la costa permanecen lejanas  
u la masa perdida de las embarcaciones oscila,  
y el mar,  
el sucio mar de siempre,  
vuelve con el mismo temblor de la locura.

*A Fernando González R.*

---

## BELA LUGOSI (Una carta)

Querida Mamá:

Estoy sentado en un bar del centro y, desde mi lugar, miro la gente que se pasea en la calle, el oro perdido de la tarde reflejándose en los altos edificios, mi propia soledad. Debes recordar que hoy cumpla cincuenta años y que, como cualquier hijo de vecino, he necesitado echarme un trago. La verdad que no me importa mucho lo que la vida ha hecho de mí (ya conoces esa máscara horrible en que me he convertido) ni siquiera lo ajeno que siento los sueños que una vez tuve y que tenían que ver con la inmensidad de los ríos y el color de las tierras bajas en este país de promisión.

Ahora, cualquiera podría pensarlo, pareciera sentirme más feliz en medio de tanto decorado ridículo y de los tintes y afeites que me desfiguran, de la fatiga de las largas horas. Hay quien piensa —lo leí el otro día en el periódico—, que soy la más grande encarnación que del terror se ha elaborado en los estudios, una imagen perfecta de lo sobrenatural.

En esto he terminado, querida mamá, y no me importa puesto que carece de sentido, puesto que nada significa.

Aquí no trato con nadie y sólo amo esas estrechas calles traseras donde la basura abunda y las ratas corren y se puede estar más sólo. Ahora no voy más a la iglesia los domingos y desearía emborracharme todos los días de la semana. De vez en cuando, la verdad, pienso en mis años de muchacho de barrio y en mi extraña ilusión (misión) de venir a América y cambiar de vida.

Ahora, a mis cincuenta años, qué lejos está eso y qué cerca y agobiante siento este cansancio, esta nada en que todo parece desembocar. A ratos, pienso que es el fin, pero queda esta última lucha conmigo mismo.

Mamá debería cuidar un poco de mí.

*A Juan Gustavo Cobo*

---

BELA LUGOSI (Una tarde de 1942)

Unos meses más y ya no resistiré. Envejecer,  
no puedo hacerme a la idea de envejecer. Pero el tiempo  
corre como jamás lo pensé y la muerte, esa intrusa,  
esa novia rencorosa, me llena de debilidades y me vuelve contra mi mismo.

Aquí estoy, ahora, hundiéndome en una piscina de aguas termales,  
tratando de prolongar lo perdido,  
de asirme ridículamente un poco más a la vida.  
Pensarlo me produce náuseas,  
Y yo sólo desearía que todo fuera como el recuerdo de un mal sueño,  
una imagen engañosa que luego se desvanece.

El día está gris y ventea a los sauces, que se ordenan al otro lado de la cerca,  
parece que hablaran en susurros. Aquí no hay jóvenes que jueguen  
o charlen despreocupadamente,  
sólo ancianos y esas aguas pesadas, malolientes,  
que a veces tiemblan como un cuerpo ajado.  
yo desearía callarme.

Y dejar mejor que mi dolor lo impregne todo.

---

### BELA LUGOSI (A fines de 1942)

En esta época del año,  
los días son grises y por lo común llueve;  
una lluvia que, para mí, es bella como unas palabras tuyas.  
Asomado a la ventana del apartamento,  
paso largos ratos mirando la calle y la fachada de los cafés,  
el barrio inmenso y como perdido en alguna noción extraña,  
en una bruma sofocante y sucia.  
Son momentos en que mi cansancio se transforma en una serenidad  
que no quiere nada, en una sobrevivencia dulce, en un respiro.  
Sé que hay pocas como éstas,  
y que mi única verdad está en aquello que pueda de mi mismo;  
en hundirme, en no soñar.  
Acá no viene nadie y el polvo se acumula sobre muebles y libros,  
y el colchón sobre el piso, la papelería llena, mis cartas que  
nunca termino pueden darte una idea de lo que he hecho de mi vida:  
una imagen pasajera, un puñado de olvido.  
En la calle,  
las gotas de lluvia corren por los alambres de luz.  
Pero en días como éstos hay una cosa mayor

que amo y es esa luz pálida que envuelve las cosas de la vida en una inesperada lejanía.  
Esa luz última.

---

## MAUREEN O'SULLIVAN

1

Desde la mañana, el fuego frío de la depresión me acompaña  
y me da a oler sus algodones dolorosos, y su frasquito de perfume.  
Siento que los párpados me pesan y yo sólo desearía pasar las horas durmiendo,  
perdida en otras aguas más profundas y vagas, grises como el olvido.  
Esta mañana la criada brasilera vino y abrió las ventanas del cuarto  
y quiso que yo me moviera y tomara un baño de agua tibia.  
afuera, en el patio, donde el invierno se llevó el color de las enredaderas.  
y cubrió de hojas podridas y plumas de pájaro el agua de la fuente,  
había una luz blanca, opresiva.  
Era la luz de mi propio, íntimo, invierno, mi canción a solas.  
Así se lo dije a la criada,  
que suavemente me tomó y me ayudó a vestir como a una insana  
y, luego, quiso reprocharme en su idioma vivo y hermoso.  
Después me trajo una taza de café y una revista.

En la ventana, barridas por el viento, golpean una hoja y otra y otra más.

El día pasa.

Nada tiene sentido.

En el día gris,  
perdido en el chillido lejano de las aves, en su sorda memoria,  
no escucho otra voz más que la mía,  
no siento otra soledad mayor que mí misma,

pequeño animal apaleado moviéndose entre hielos.

Esto, sólo esto, me han dejado los años que pasan  
y mi pena ahora,  
cuando achacosa y deprimida quisiera huir de mí misma, y  
transformarme en un soplo tibio sobre las flores blancas de los naranjos;  
en el oro repentino de la hierba en las mangas, de las anchas paredes en la tarde,  
es como el retornar vació de una canción obsesiva.

Es la vida, me digo,  
que ha terminado por encerrarme en mi propio sueño,  
en mi oscuro, abandonado canto.

Las gotas de lluvia resbalan por el vidrio de la ventana  
Y el mundo, mi mundo, ya no tiene más imágenes.

*A Alicia y Miguel Escobar*

---

## ROMMY SCHNEIDER

En esta época del año,  
sopla un aire fresco y las hojas se amontonan afuera,  
en los amplios jardines de la casa. La luz,  
el oro pesado de la tarde, toca el borde de los árboles,



el agua ciega del estanque, el camino de entrada, y los transforma.

En mi corazón descubro entonces una nueva ebriedad  
y una languidez amable,  
solicita como los besos y la lengua de un joven amante,  
colma mi cuerpo y lo enriquece de mil olvidos.

Es el otoño que llega,  
la estación que cambia y revienta en mí misma  
como un juego de luces sobre el cielo de una ciudad,  
como una íntima y feroz caricia.

Por una vez más,  
un cielo claro sirve a un enjambre de aves que chillan  
y el oro desleído de las hojas caídas  
corre como un último fuego.

Por una vez más,  
la brisa llama de nuevo en los cristales de la ventana  
y no olvida mi nombre.

Por una vez más,  
Arde en mí el sueño de la vida. Por una vez más.

*A Dora Luz y Manuel Mejía V.*

---

## ANITA ECKBERG

En Roma, eso ahora lo comprendes, el verano se convierte  
rápidamente en olvido, en hojas secas, en una sensación dolorosa.  
Las aves ya no chillan o chillan de distinta manera  
en las canoas de los viejos palacios

y en las calles otra luz desmorona el oro de la vida.  
Las cosas (tus cosas) parecen diluirse en un sueño confuso  
y la desdicha llega a casa y se instala como un viejo amante.  
Sientes que esto es nuevo en ti,  
un mensaje apenas recibido, una derrota.

En las afueras del coliseo,  
los escasos turistas rezagados hormigean  
y las terrazas de los cafés están vacías  
y las limusinas de las condesas y los ricos norteamericanos ya no se abochornan el tráfico romano.

La ciudad también, como tú, ha perdido algo,  
su juventud, su fuego, su íntimo regocijo,  
y sobre la fachada de las edificaciones, de los palacios restaurados,  
la humedad, el tiempo que pasa y no vuelve,  
ensaya un nuevo color,  
llena de moho y silencio el vasto material de los días.

Pero Roma es eterna  
y tu dolor, una sensación nueva, una primera derrota.

Tu dolor  
para el cual, ya lo sabes, no existe bálsamo o sabiduría alguna que lo alivie.

*A Oscar Jaramillo y María del Mar*

---

## RITA HAYWORTH DE PASO POR BOGOTÁ

De pronto el avión disminuye velocidad  
y comienza a sobrevolar la sabana, los campos cultivados, los techos de las casas.

Una lluvia menuda golpea el cristal de la ventanilla

y yo veo, allá a lo lejos,  
carcomida por una luz gris, borrosa, a la ciudad,  
el fondo de montañas, el mismo cielo.

Nunca oí hablar antes de Bogotá  
y podría decir que casi sentí miedo de venir,  
de encontrarme de repente en un lugar extraño,  
trivialmente incivilizado, enfrentada a mi misma.

Hoy estoy llena de ansiedad y malos presentimientos,  
y las pastas en lugar de darme un respiro, un poco de sosiego,  
han acabado transformándome y alterando por completo mis nervios.

A ratos, para distraerme,  
cuando el avión ha volado metido entre las nubes,  
he echado un vistazo a los periódicos y a los titulares (al bombo)  
con que se anuncia mi visita,  
mi estadía por unas horas en la ciudad,  
ahora cuando quisiera que nadie me viera o siquiera me recordara.

Nunca debí venir.

Y, ahora, es tarde y el avión desciende, un pequeño río,  
el ganado espantado, pasan abajo vertiginosamente.

Allí abajo, mientras me apresuro por largos corredores y trato  
de escapar a la curiosidad de la gente,  
me volveré a sentir vieja y desdichada, ridícula,  
convertida en mi propia enemiga.

Allí abajo, allí abajo, la vida es triste y desdichada.

Al verme, pensarán en los años que tengo y sonreirán burlonamente,  
y se encenderán los flashes,

y mis ojos, mi piel ajada, mis labios que tiemblan  
se fijarán para siempre.

Nunca debí venir a Bogotá,  
a esta ciudad horrible donde estos bárbaros se sentirán con derecho a todo,  
a cortejarme como a una imbécil perdida en el corazón de la selva,  
a destruirme.

Nunca debí venir.

Pero ahora es tarde, siempre es tarde.

*A María Cristina y Luis Fernando Peláez*

---

## ELENCO DE ACTORES Y ACTRICES DE LA PARAMOUNT 1959

Somos de la estirpe de la Circe, Penélope, Helena y Odiseo, que los antiguos veneraron. Al igual que ellos, poseemos un nombre bello y una vida legendaria y no hay mortal que, a la hora del solaz, no sueñe con tenernos entre sus brazos. Hacemos parte del libro de la vida y nuestro papel consiste en mantener la ilusión para que no falte. Somos, en cierta forma, el precio convenido por las horas duras. Nausicas, Calipsos, Odiseos, así se olvide, somos el fuego que derrite la escoria y cambia en hermoso sueño el tedio de la vida.

---

## EMIL JANNING

Cuando empezó a envejecer sintió ese profundo odio que los viejos sienten por sí mismo. No aceptan que le recordaran la edad y, aunque la cercanía y locura de los jóvenes le abría

una herida incurable, cierto que la prefería a cualquier otra cosa. a veces, mientras se paseaba por una calle o iba al centro, se quedaba observándolos largo rato, envidiando su fuego y despreocupación. ¡Cómo hubiera querido ser uno de ellos! Su piel, sus sueños, se ajaban y un frío mortal le penetraba los huesos. La vida era un verdadero drama. De repente todo comenzaba a heder a su alrededor y él hubiera querido a cambio de todo su dinero y su fama, de su alma misma, volver a nacer.

A cambio de su alma, el régimen nazi le ofreció una falsa inmortalidad y lo celebró como actor. Emil Janning, primer actor de Alemania, se alzó sobre sus cenizas un instante y luego, sumando a la humillación el escarnio, accedió a un mal final.

---

## JIMMY HENDRIX

Hace tres días que se encerró (a viajar) y no sale de su cuarto de hotel y todavía le queda pertrecho para una semana más. Tres días en que, echado sobre una cama revuelta y tragando pastas a puñados, ha querido paladear la porción debida de éxtasis y horror. Sabe que al arte convienen los extremos y que, más allá de sí mismo, hay un continente que espera. ¿No es de allí, acaso, de ese horizonte de vértigo y color, de ese vacío doloroso y febril que brota el sonido incomparable de su música? ¿No es de allí, acaso, de esas lejanías hermanas, que llega a bocanadas la promesa de un idioma hermoso que su alma escucha? Bah, dirán, pura metafísica. Pero hace tres días, que no vive otra cosa distinta al mismo infierno. Tres días en que el horro y la baba, el golpe de la lluvia en los cristales y el olor a vómito, el mal cielo, arman de una vez por todas la trama de su cuadro final.

---

## CHARLOTTE RAMPLING

Cuando los años de la rebelión hippie, que tanto color y desenfado produjeron en todas partes, compartió su hermosa casa de Londres con dos amantes. Era -decía- su verdadera familia y en una foto de París Mach aparece del brazo de ambos, riendo, feliz y desafiante. Delgada, enigmática, su mirada felina daba un toque salvaje al conjunto y removía no se sabe qué nieblas pantanosas. A su lado, el par de amigos daban la impresión de criaturas convertidas en puro bolo amoroso por el hipnotismo letal de una boa constrictor. Esa impresión daban. Machos que una araña viuda negra devora a fin de cumplir con los misterios y sagrados ritos del amor!

---

## LEX BARKER

Hace años que, pese a haber tocado en todas las puertas, nadie le da un papel en una película. Tiene cincuenta años y su figura, cargada de kilos, no es la misma que, a los veinticinco, le permitió figurar como Tarzán en un puñado de films. Conserva, eso sí, el pelo rubio en onda, la sonrisa estereotipada de galán de barrio y sus ropas arrugadas, que hace mucho dejaron de ser elegantes, le dan un aspecto descuidado. Algo en él, su hablar pausado y grave, sus ademanes estudiados, denuncian al actor que una vez fue y que ahora, cuando los días se obstinan en rehuirle toda ilusión, pugna por salir a flote y escapar así al peso del tiempo y el olvido. Inútil artificio que la vida misma se encarga de borrar!

Esta mañana un sol tibio lo ha echado un poco más temprano a la calle y Nueva York reluce como una pulsera. Abstraído, marchando entre la multitud que colma las aceras, apenas si se sorprende que la muerte(esa contratista inevitable) lo alcance y, a la vuelta de la esquina, bruscamente lo separe de los demás.

---

## JEAN MARAIS

Temprano conoció el éxito y también el fracaso, de modo que ya no buscó lo uno ni evitó lo otro y quiso más bien —como el visitado por el delirio— entregarse al fuego de cada instante. Sus amigos fueron poetas y gente de bar —pronta a la embriaguez y poco recomendable. De su formación académica, sobrevivió una cierta fría elegancia y una medida, que lo hacían distante. Cultivó el spleen como a una rara flor de invernadero e hizo de París una devoción metafísica. Fue uno de los dos actores más grandes de Francia y, al final de su carrera, cuando ya no tuvo un amigo en quien volcar su melancolía, actuaba para sí y volvía a ser cada uno de sus personajes. Entregado al vicio de esa sinrazones, un día lo sorprendió a Ud, Jean Marais, la piadosa muerte.

---

## JEAN PIERRE LEAUD

(Poema encontrado en uno de sus bolsillos)

París, al amanecer, es un buen refugio para el que, hostigado por sus fantasmas, quiere caminar o beber una copa de vino.

Al amanecer, París sólo da cobijo a quienes ángeles caídos, no encuentran ya sosiego.

En los bares abiertos, los clientes son escasos y apenas si se presta atención al que entra o sale.

Afuera, casi siempre, la luz de una luna borrada espanta el orden que sostiene edificios y calles, la grasosa voz del río, y se queda adornando la soledad más grande.

Al amanecer, París suele cantar al oído de sus hijos desdichados cosas que gustan a su alma y que nadie más escucha, salvo los triste y relegados por el afán de cada día, salvo los ciegos traficantes de su propia aventura.

Al amanecer, París suele producir el efecto de un pinchazo de heroína,

que eleva al más caído de los mortales sobre la baba  
repulsiva de su pobre condición.

Al amanecer, cuando por momentos la agria cantinela del  
idiota

se apoya en las más bellas y convulsivas músicas del cielo  
y los avisos de neón martillean, sin más,  
el duro metal de la vida.

Cuando ya no queda nadie y la cuajada lejanía de las estrellas  
se junta al negro silbido de toda desolación.